

CAPÍTULO 15

Al amanecer ya rodaba la madre en la calesa que saltaba sobre la carretera empapada por la lluvia de otoño. Soplaban un viento húmedo, salpicaba el fango, mientras el postillón, sentado en el pescante y vuelto a medias hacia Pelagueia, se quejaba con voz nasal y doliente:

— Yo le dije a mi hermano: vamos a repartir los bienes. Y empezamos a repartirlos...

De repente, fustigó al caballo de la izquierda, gritando con rabia:

—¡Arre! ¡Marcha, hijo de puta!

Los grandes cuervos del otoño, con su aire filosófico, volaban sobre los sembrados, el viento frío se arrojaba silbando sobre ellos, que presentaban el costado a aquellas ráfagas que erizaban sus plumas, y los hacían vacilar; entonces, cediendo a la fuerza, agitaban sus alas perezosas y se iban a descansar un poco más lejos.

— Pues bien, me engañó en el reparto. Cuando quise darme cuenta, ya no había nada que hacer —decía el cochero.

La madre escuchaba sus palabras como a través de un sueño; su memoria iba desplegando ante ella los numerosos acontecimientos vividos en los últimos años y, al recordarlos, se veía a sí misma por todas partes. Antes, la vida era creada en algún sitio lejano, sin saberse por quién ni para qué, mientras que ahora muchas cosas se hacían ante sus ojos, con ayuda suya. Ello provocaba en su interior un sentimiento confuso, mezcla de desconfianza y contento de sí misma, de perplejidad y de melancolía silenciosa ...

A su alrededor, todo oscilaba en un lento movimiento. En el cielo, las nubes grises vagaban persiguiéndose torpemente. A los dos lados del camino huían los mojados árboles cuyas copas desnudas, se agitaban, los campos giraban en redondo, las colinas surgían y desaparecían.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La voz gangosa del cochero, el tintineo de los cascabeles, el silbido húmedo y el bramido del viento se fundían en un arroyo sinuoso y palpitante que corría sobre el campo con una fuerza monótona y uniforme.

—Hasta en el paraíso están estrechos los ricos..., así es. Empezó a apretarme, y es amigo de las autoridades —proseguía el cochero, arrastrando las palabras y balanceándose en el asiento.

Cuando llegaron a la estación de posta, desenganchó las caballerías y dijo a la madre en tono desesperanzado:

—Si me dieras cinco kopeks para echar un trago...

Ella le dio cinco kopeks. Haciendo sonar las monedas en su mano, él le dijo con el mismo tono:

— Tres para vodka y dos para pan...

Después de mediodía, rendida y aterida de frío, la madre llegó al poblado de Nikólskoie, entró en la posada de la estación de posta, pidió té, se sentó junto a una ventana y puso debajo del banco su pesada maleta. Desde la ventana se veía una placita cubierta de la amarilla alfombra de la hierba pisoteada y el ayuntamiento del distrito, una casa de color gris oscuro con el tejado un poco hundido. En su terracita estaba sentado un mujik calvo, de lengua barba, en mangas de camisa y fumando en pipa. Por la hierba hozaba un cerdo. Sacudiendo descontento las orejas, escarbaba en la tierra con el hocico y meneaba la cabeza.

Flotaban las nubes en masas oscuras, amontonándose unas sobre otras. Todo estaba en silencio, sombrío y tedioso, como si la vida se hubiese escondido en alguna parte y estuviese allí agazapada.

De pronto, un brigadier de cosacos llegó al galope, detuvo su alazán ante el pórtico del ayuntamiento y, agitando en el aire la nagaika, gritó al mujik. Sus voces vibraban en los cristales de la ventana, pero no se entendían las palabras. Se levantó el mujik y señaló con el brazo a lo lejos. El brigadier echó pie a tierra, vaciló un instante sobre sus piernas, arrojó las riendas al hombre y luego, apoyándose en el pasamanos, subió torpemente las escaleras y entró en el edificio.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

De nuevo todo quedó en silencio. Por dos veces, el caballo golpeó con un casco la tierra blanda. En la habitación donde estaba la madre entró una chiquilla de mirada cariñosa, carita redonda y corta trenza rubia en la nuca. Mordiéndose los labios, llevaba en las manos tensas una bandeja grande, de abollados bordes, llena de loza, y saludaba inclinando con frecuencia la cabeza.

—¡Buenos días, jovencita! —dijo amistosamente la madre.

—Buenos días.

La niña dispuso sobre la mesa los platos y las tazas, y de pronto anunció con vivacidad:

—¡Acaban de pescar a un bandido, y van a traerlo!

—¿Qué clase de bandido?

—No sé.

—¿Y qué ha hecho?

—No sé —repitió la pequeña—. Sólo he oído decir que lo han pescado. El guarda del ayuntamiento ha salido corriendo en busca del comisario de policía.

La madre miró por la ventana. En la plaza aparecieron algunos mujiks. Unos caminaban lentos, reposados; otros, apresuradamente, abrochándose sobre la marcha las zamarras. Se detuvieron junto a la escalera del ayuntamiento; todos miraron hacia la izquierda. La chiquilla echó también una ojeada a la calle y salió de la habitación, dando un ruidoso portazo. La madre se estremeció y disimuló lo mejor posible la maleta debajo del banco; después de echarse el mantón por la cabeza, se dirigió apresuradamente hacia la puerta, conteniendo un incomprensible deseo, que se había apoderado de repente de ella, de ir más deprisa, de echar a correr...

Cuando salió a la terracita, un frío cortante le dio en los ojos y el pecho, le faltó el aliento y le flaquearon las piernas: por el centro de la plaza venía Ribin, con las manos atadas a la espalda, entre dos alguaciles, que golpeaban la tierra acompasadamente con unos palos; junto a la escalera del ayuntamiento había multitud de personas, que esperaban en silencio.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre miraba aturdida sin poder apartar los ojos de allí. Ribin decía algo, ella oía su voz, pero las palabras se perdían, sin dejar eco, en el vacío tembloroso y oscuro de su corazón.

Volvió en sí, recobrando el aliento. Junto a la terracita estaba un mujik, de rubia y poblada barba, que la miraba fijamente con sus ojos azules. Ella tosió, llevó a la garganta sus manos agarrotadas por el terror, y preguntó con esfuerzo:

—¿Qué ocurre?

—Eso, mire —respondió el hombre, y se separó. Otro mujik se puso a su lado.

Los guardias se detuvieron ante la multitud que, rápidamente, aumentaba cada vez más, pero permanecía en silencio; de pronto, la voz de Ribin se alzó profunda y recia sobre el gentío:

—¡Cristianos!, ¿han oído hablar de esos papeles donde se escribe la verdad sobre nuestra vida de campesinos? Pues por esos papeles me persiguen..., ¡soy yo quien los ha distribuido entre el pueblo!

La gente se apiñó en torno a Ribin. Su voz resonaba acompasada, tranquila, lo que serenó a la madre.

—¿Oyes? — preguntó en voz baja al mujik de ojos azules, su vecino, dándole con el codo. Aquél, sin contestar, alzó la cabeza y volvió a mirar a la madre a la cara. El otro mujik, más joven que el primero, con barba oscura y rala, de rostro enjuto, cuajado de pecas, la miró también. Después ambos se apartaron de la terracita.

«Tienen miedo», se dijo la madre.

Su atención se agudizó. Desde lo alto de los escalones veía claramente el rostro negro y tumefacto de Mijaíl Ivánovich, distinguía el brillo ardiente de sus ojos, sintió deseos de que él también la viera, y, empujándose, alargó el cuello hacia él.

La gente lo miraba, sombría, desconfiada, sin decir palabra. Solamente en las últimas filas se oía un ahogado rumor de voces.

—¡Campesinos! —dijo Ribin con voz plena y firme—. Tengan confianza en esos papeles... quizá me harán morir a causa de ellos; me han pegado, me han

torturado, han querido obligarme a decir dónde los había obtenido, y volverán a pegarme. Soportaré todo, porque en esos papeles está escrita la verdad, y la verdad debe ser, para nosotros, más preciada que el pan, ¡eso es!

—¿Por qué dice eso? —preguntó en voz baja uno de los dos mujiks. El de los ojos azules respondió pausadamente:

— Ahora ya le da igual: no muere uno dos veces, y una, es inevitable...

La gente permanecía callada, mirando sombría, de reojo, como si sobre todos gravitase algo invisible, pero de un peso agobiador. En la terracita del ayuntamiento apareció el brigadier y, tambaleándose, mugió con voz ebria:

—¿Quién ha hablado?

De pronto se lanzó por la escalera dando tumbos, tomó a Ribin del pelo y, zarandeándolo, gritó:

—¿Eres tú quien habla, hijo de puta? ¿Eres tú?

La masa osciló como las olas del mar. En su angustia impotente, la madre inclinó la cabeza. Y de nuevo resonó la voz de Ribin:

—Miren, buenas gentes...

—¡Cállate!

El brigadier le dio un puñetazo en una oreja. Ribin vaciló y encogió los hombros.

—Nos atan las manos y nos torturan como quieren...

—¡Guardias! ¡Llévenselo! Yustedes, dispérsense...

Saltando ante Ribin como un perro atado ante un trozo de carne, el brigadier lo golpeó con los puños en el rostro, en el pecho, en el vientre...

—¡No le pegues! —gritó alguien entre da multitud.

—¿Por qué le pegas? —apoyó otra voz.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Vamos — dijo el mujik de los ojos azules, haciendo una señal con la cabeza. Y ambos, sin apresurarse, se dirigieron hacia el ayuntamiento. La madre los siguió con una mirada bondadosa. Suspiró aliviada cuando el brigadier subió torpemente a la terraza y aulló frenéticamente blandiendo el puño:

—¡Les digo que lo traigan aquí!

—¡No! — se oyó una fuerte voz entre la multitud. La madre comprendió que quien hablaba era el mujik de los ojos azules—. ¡No hay que consentirlo, muchachos! Si lo llevan, le pegarán hasta matarlo, y luego dirán que lo matamos nosotros. ¡No lo permitan!

—Campesinos —gritó Ribin—, ¿no ven cómo están viviendo? ¿No comprenden que les roban, que los engañan, que beben vuestra sangre? Todo se basa en ustedes, son la principal fuerza sobre la tierra, ¿Y cuáles son sus derechos? Uno solo: ¡reventar de hambre...!

De pronto, los mujiks empezaron a gritar, interrumpiéndose unos a otros.

—¡Dice da verdad!

—¡Que llamen al comisario de policia! ¿Dónde está el comisario...?

—El brigadier ha ido a buscarlo...

—¡Pero está borracho!

— No es cosa nuestra reunir a las autoridades...

El ruido crecía, se elevaba cada vez más.

—¡Habla! No dejaremos que te peguen.

—¡Desátenle las manos...!

—¡Cuidado, no tengamos una desgracia...!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Me duelen las manos! — dijo Ribin, dominando el clamor con su voz sonora e igual —. ¡No me escaparé, mujiks! No me escondo de mi verdad, porque vive dentro de mí...

Algunos se apartaron graves de la multitud en diferentes direcciones, hablando a media voz y meneando la cabeza. Pero cada vez se acercaba corriendo más gente, mal vestida, puesta la ropa de cualquier manera, llena de excitación. Bullían en derredor de Ribin como espuma negra, y él permanecía de pie entre ellos, igual que un eremita en medio de un bosque; alzando las manos por encima de la cabeza y agitándolas en el aire, gritaba a la multitud:

—¡Gracias, buena gente, gracias! ¡Nosotros mismos debemos desatamos las manos unos a otros! ¡Así es! ¿Quién nos va a ayudar, si no lo hacemos nosotros mismos?

Enjugó su barba y alzó de nuevo una mano llena de sangre:

—¡Miren mi sangre, se vierte por la verdad!

La madre descendió de la terracita, pero desde abajo no veía a Mijaíl, aprisionado entre la gente, y de nuevo subió las escaleras. Sentía ardor en el pecho, y un júbilo impreciso palpitaba en él.

—¡Campesinos! Busquen esos papeles, léanlos, no crean a las autoridades ni a los popes cuando dicen que son ateas y rebeldes las gentes que nos traen la verdad. La verdad anda en secreto por la tierra y busca asilo en el corazón del pueblo. Para las autoridades viene a ser como el cuchillo o el fuego; no la pueden aceptar; ¡les corta, les quema! La verdad es nuestra mejor amiga, pero para las autoridades ... ¡es una enemiga jurada! ¡Por eso se oculta...!

De nuevo, se oyeron algunas exclamaciones entre la muchedumbre:

—¡Escuchen, cristianos...!

—¡Hermano, te matarán!

—¿Quién te ha traicionado?

—El pope —dijo uno de dos guardias.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Los dos mujiks insultaron vigorosamente.

—¡Atención, muchachos! —resonó una voz de aviso.

CAPÍTULO 16

Hacia la multitud venía el comisario de policía rural; hombre alto, fornido de cara redonda. Llevaba la gorra ladeada, una guía del bigote vuelta hacia arriba y la otra hacia abajo, lo que hacía parecer torcido su rostro, afeado por una sonrisa estúpida y muerta. Empuñaba el sable con la mano izquierda y braceaba con la derecha. Se oían sus pasos firmes y pesados. La muchedumbre le abría camino. Las fisonomías tomaron una expresión sombría, abatida; el clamoreo se apaciguó, descendiendo, como si se hundiese en la tierra. La madre percibía el temblor de la piel en su frente y una quemazón en los ojos. De nuevo sintió deseos de ir hacia la multitud; se inclinó hacia adelante y quedó como petrificada, con el cuerpo en tensión.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el comisario, deteniéndose ante Ribin y mirándolo de arriba abajo—. ¿Por qué no tienes atadas las manos? ¡Guardias! Átenlo.

Su voz era alta y sonora, pero sin matices.

—Estaban atadas... El pueblo se las ha soltado —respondió uno de los guardias.

—¿Qué? ¿El pueblo...? ¿Qué pueblo?

El comisario miró a la muchedumbre que le rodeaba en semicírculo, y con el mismo tono, con una voz blanca, sin altibajos, continuó:

—¿Quién es el pueblo?

Y golpeó con la empuñadura del sable el pecho del mujik de ojos azules.:

—¿Eres tú el pueblo, Chumakov? ¿Y quién más? ¿Tú, Mishin?

Y con la mano derecha dio un tirón a la barba de otro aldeano.

—Dispérsense, canallas... Si no..., ¡van a saber quién soy yo!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Ni en su voz ni en su rostro había irritación ni amenaza; hablaba con calma y golpeaba a la gente con movimientos seguros e iguales de sus brazos, largos y fuertes. Los grupos retrocedían ante él, bajando la cabeza y volviendo hacia otro lado la cara.

—Bien, ¿qué están esperando? ¡Átenlo! —dijo a los guardias. Después de una sarta de cínicas injurias, miró de nuevo a Ribin y gritó:

—¡Las manos a la espalda!

—No quiero que me las sujeten —dijo Ribin— No me propongo huir, no voy a pelearme, ¿por qué me van a atar?

—¿Qué? —preguntó el comisario dando un paso hacia él.

—¡Basta ya de atormentar al pueblo, bestias salvajes! —continuó Ribin, alzando la voz—. También para ustedes llegará pronto el día rojo...

El comisario se paró delante de él y se le quedó mirando a la cara, moviendo el bigote. Retrocedió después un paso y gritó asombrado, con voz silbante:

—¡Ah, hijo de perra! ¿Qué... qué palabras son éstas?

Y de pronto golpeó con fuerza a Ribin en el rostro.

—No matarás la verdad a puñetazos —dijo Ribin, avanzando hacia él—. ¡Y no tienes derecho a pegarme, perro asqueroso!

—¿Que no lo tengo? ¿Yo? —aulló el comisario, arrastrando las palabras.

Y de nuevo lanzó el puño, apuntando a la cabeza de Ribin. Éste se agachó y el golpe se perdió en el aire. El comisario, tambaleándose, estuvo a punto de caer. Alguien resopló ruidosamente entre la multitud, conteniendo la risa, y de nuevo se oyó la voz furiosa de Ribin:

—¡Te prohíbo que me pegues, demonio!

El comisario miró a su alrededor: sombríos y silenciosos, los campesinos se habían acercado formando un círculo compacto y amenazador.

—¡Nikita! —llamó el comisario, buscando a alguien con la vista—. ¡Eh, Nikita!

De la masa se destacó un mujik rechoncho y fornido, que vestía una corta pelliza de carnero. Miró al suelo bajando su gruesa cabeza despeinada.

—¡Nikita! —dijo el comisario lentamente, atusándose el bigote—. Dale un buen puñetazo en la oreja.

El mujik dio un paso atrás, se detuvo ante Ribin y levantó la cabeza. Ribin lo fulminó con frases cargadas de verdad:

—¡Miren, buena gente, cómo las fieras los ahogan con sus propias manos! ¡Miren, reflexionen!

El mujik alzó lentamente el brazo y golpeó blandamente a Ribin en la cabeza.

—¡Así no, crápula! —bramó el comisario.

—¡Eh, Nikita! —dijo alguien en la multitud—. ¡No olvides que Dios te mira!

—¡Pega, te digo! —gritó el comisario, empujando al mujik en el cogote.

El mujik se echó a un lado y dijo hosco, bajando la cabeza:

—No lo haré...

—¿Qué?

El comisario, convulso el rostro, pataleó con rabia y se precipitó sobre Ribin, vomitando insultos. Resonó la bofetada con sordo chasquido; Mijaíl se tambaleó y blandió el puño, pero, de un segundo golpe, el comisario lo derribó a tierra y empezó a saltar rugiendo a su alrededor, dándole patadas en la cabeza, en el pecho, en los costados...

Un rumor hostil se elevó de la multitud que osciló y avanzó hacia el comisario. Éste se dio cuenta, saltó a un lado y desenvainó el sable.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Ah!, ¿ésas tenemos? ¿Se sublevan? ¿Es eso? —Su voz estremecida subió agudamente y enronqueció como si se hubiese quebrado. Al mismo tiempo que la voz pareció perder súbitamente toda su fuerza, encogió la cabeza entre los hombros, se encorvó su espalda y, mirando a todas partes con ojos vacíos, retrocedió tanteando el suelo con el pie detrás de sí, con precaución. En su retirada, chilló con voz ronca e inquieta:

—¡Bien! Llévenselo, yo me voy. ¿Saben, maldita canalla, que es un criminal, político, que lucha contra nuestro Zar, que predica el motín? ¿Lo saben? ¿Y siguen defendiéndolo? ¿Son todos rebeldes? ¡Ah...!

Inmóvil, la mirada fija, sin fuerza ni pensamiento, la madre, como en una pesadilla, sucumbía bajo el peso del terror y la piedad. En su cabeza zumbaban como moscardones los clamores indignados, sombríos y malignos de la gente, la temblorosa voz del comisario, los susurros inconexos...

—¡Si ha cometido faltas, que lo juzguen...!

— Perdónelo, usía...

—¿Qué está usted haciendo? Eso no es lo que manda la ley...

—¿Acaso es posible esto? Si todos empiezan a pegar, ¿qué va a pasar entonces?

Los campesinos se habían dividido en dos grupos: unos rodeaban al comisario, gritaban e intentaban convencerlo; otros, menos numerosos, permanecían alrededor del herido, y se percibía el sordo rumor de sus voces. Algunos hombres lo levantaron; los guardias intentaron nuevamente atarle las manos.

—¡Esperen, malditos! —les gritaron.

Ribin se limpió el barro y la sangre de la cara, y miró silencioso en torno. Sus ojos resbalaron por la faz de la madre; ella se estremeció, tendió el cuerpo hacia él e involuntariamente movió una mano; Ribin se volvió hacia otro lado, pero al cabo de unos instantes, sus ojos se detuvieron de nuevo en el rostro de la madre. Le pareció a

ella que se erguía, que levantaba la cabeza, que le temblaban las ensangrentadas mejillas...

«¡Me ha reconocido! ¿Será posible que me haya reconocido?» Y temblando de gozo, pena y espanto, le hizo una inclinación de cabeza. Pero al instante, advirtió que a su lado se encontraba el mujik de ojos azules y que también la miraba. Aquella mirada despertó inmediatamente en ella la conciencia del peligro...

«¿Qué estoy haciendo? ¡Me detendrán a mí también!»

El mujik dijo algunas palabras a Ribin, éste meneó la cabeza y con voz trémula, pero clara y animosa, repuso:

—¡No importa! ¡No estoy solo en la tierra! Ellos nunca podrán apresar toda la verdad. Donde he estado, me recordarán, ¡eso es! Aunque hayan destruido el nido, y ya no queden allí camaradas y amigos...

«Esto lo dice para mí», comprendió la madre.

—¡Pero llegará el día en que las águilas volarán libremente, y el pueblo será, a su vez, libre!

Una mujer trajo un cubo de agua y se puso a lavar el rostro de Ribin, lamentándose y gimiendo de indignación. Su voz cascada, quejumbrosa, se mezclaba a las palabras de Mijaíl impidiendo a la madre entenderlas. Un grupo de mujiks se adelantó precedido por el comisario, y alguien gritó:

—¿Quién quiere traer una carreta para trasladar al preso? ¡Eh! ¿Quién va a prestarla?

Después resonó la voz del comisario, cambiada, como ofendida:

—¡Yo puedo pegarte, pero tú no puedes, no tienes derecho, imbécil!

—¡Sí! ¿Y tú quién eres, Dios? —preguntó Ribin.

Una ahogada y discordante explosión de exclamaciones cubrió su voz.

—¡No discutas, amigo! Es la autoridad.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡No se enfade, usía! El hombre está fuera de sí...

—¡Cállate, no seas tonto!

—Van a conducirte en seguida a la ciudad...

—Allí se respeta mejor la ley.

Los gritos de la multitud se hacían conciliadores y suplicantes, fundiéndose en una confusa agitación, y en ella todo era ya desesperanza y queja. Agarrándolo de los sobacos, los guardias condujeron a Ribin hasta la terracita del ayuntamiento y desaparecieron con él tras la puerta. Poco a poco, los mujiks fueron dispersándose por la plaza. La madre vio que el de los ojos azules se dirigía hacia ella, mirándola a hurtadillas. Le empezaron a temblar las piernas; un sentimiento de angustia le oprimía el corazón, causándole náuseas.

«No debo irme, pensó. ¡No debo hacerlo!» Y agarrándose con fuerza a la baranda, esperó.

De pie en la terraza de la administración, el comisario hablaba gesticulando. Los reproches manaban en su voz, nuevamente blanca y sin alma:

—¡Imbéciles, hijos de perra! No entienden nada y se meten en un asunto semejante, ¡en un asunto de Estado! ¡Bestias! Deberían estarme agradecidos, arrodíllense delante de mí, ¡por mi bondad! Si yo quisiera, irían todos a presidio...

Unos veinte mujiks le escuchaban descubiertos. Oscurecía y los nubarrones iban bajando. El de los ojos azules llegó a la terracita y dijo, con un suspiro:

—Esto es lo que pasa entre nosotros...

—Sí... —dijo ella dulcemente.

Él la miró francamente y preguntó:

—¿En qué trabaja?

—Compro encajes a las campesinas, y telas también...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

El mujik se acarició lentamente la barba. Luego, mirando en dirección al ayuntamiento, dijo sin alzar la voz, con hastío.

—No se encuentran esas cosas por aquí.

La madre lo miró de arriba abajo y esperó el momento propicio para entrar en la posada. El rostro del mujik era hermoso, tenía una expresión pensativa y ojos de triste mirar. Alto y ancho de espaldas, llevaba un caftán todo lleno de remiendos, camisa de percal limpia, un pantalón rojizo, de paño burdo, y destrozadas botas, en los pies desnudos.

La madre suspiró, aliviada sin saber por qué. Y de pronto abandonándose a una intuición que iba más allá de su confuso pensamiento, le hizo una pregunta que la sorprendió a ella misma:

—¿Podría pasar la noche en tu casa?

Una vez hecha la pregunta, sus músculos, sus huesos, todo su cuerpo se puso en tensión. Se irguió, mirando al mujik con ojos fijos.

Por su mente pasaban veloces punzantes pensamientos:

«¡Voy a perder a Nikolái Ivánovich! ¡No volveré a ver a Pável en mucho tiempo! ¡Me molarán a palos!»

Mirando al suelo y sin apresurarse, el mujik contestó, cruzándose el caftán sobre el pecho:

—¿Pasar la noche? Puede ser, ¿por qué no? Sólo que mi isba es mala...

—No soy ninguna remilgada —dijo inconscientemente la madre.

—Puede hacerse... —repitió él, mirándola con escrutadora fijeza.

Ya había anochecido, y en la oscuridad sus ojos brillaban con frío fulgor y su rostro parecía muy pálido. La madre, con la misma sensación que si descendiera por una montaña, le dijo en voz baja:

—Bueno, pues voy en seguida; tú llevarás mi maleta.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Conforme.

Se encogió él de hombros, volvió a cruzarse el caftán y murmuró suavemente:

—Mira, ahí llega el carro...

En la terracita del ayuntamiento apareció Ribin; tenía otra vez las manos atadas, envueltas la cabeza y la cara en algo gris.

—¡Adiós, buena gente! —gritó en el frío crepúsculo—. Busquen la verdad, consérvenla, crean en quien predica la buena palabra, y no ahorren fuerzas para defenderla.

—Cállate, perro —gritó el comisario—. ¡Guardia, pon en marcha los caballos, imbécil!

—No tienen nada que perder... ¿Qué vida es la de ustedes...?

Arrancó la carreta. Sentado entre los dos guardias, Ribin gritó sordamente:

—¿Por qué se dejan morir de hambre? Trabajen por la libertad, ella les dará el pan y la verdad... ¡Adiós, buenas gentes!

El precipitado traqueteo de las ruedas, las pisadas de los caballos y las invectivas del comisario de policía envolvieron sus palabras y las entremezclaron, ahogándolas.

—Se acabó — dijo el mujik, sacudiendo la cabeza, y, dirigiéndose a la madre, continuó en voz baja —. Quédate aquí un momento; ahora vuelvo.

Ella entró, sentándose a la mesa junto al samovar, tomó un trozo de pan, lo miró y volvió a dejarlo lentamente en el plato. No tenía hambre; de nuevo experimentaba un malestar en el hueco del estómago, un calor desesperante que la agotaba, retenía su sangre y le daba vértigo. El mujik de los ojos azules se erguía ante ella con aquel rostro extraño, como inacabado, que no inspiraba confianza. No quería confesárselo francamente, pero pensaba: «va a traicionarme», pero este pensamiento apenas nacido le pesaba terriblemente en el corazón. «Se ha fijado en mí», comprendía, incapaz de reaccionar. «Se ha fijado, ha adivinado...»

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Su pensamiento no iba más lejos, ahogándose en un penoso abatimiento, en una viscosa sensación de náusea.

Un silencio tímido, agazapado tras la ventana, había sustituido al estruendo anterior y ponía al desnudo algo depresivo, medroso, existente en la aldea, que agudizaba en el pecho de la madre la sensación de soledad, llenándole el alma de sombras grises y suaves como la ceniza.

Asomó la chiquilla a la puerta y, deteniéndose en el umbral, le preguntó:

—¿Quiere que le traiga una tortilla?

—No, no tengo ganas; esos gritos me han aterrado.

La niña se acercó y se puso a referir animadamente, pero a media voz:

—¡Cómo le pegó el comisario! Yo estaba muy cerca y lo vi todo... Le rompió todos los dientes, y escupió una sangre espesa, espesa y negra... Ya no tenía ojos. Es un alquitrano. El brigadier está en nuestra casa, no puede levantarse de borracho que está, y aún pide más vino... Dicen que era una banda y que ese barbudo era el más viejo, o el jefe, o no sé qué... Han cazado a otros tres, pero uno se escapó. Han pescado además a un maestro de escuela que estaba con ellos. No creen en Dios, y dicen a la gente que hay que robar las iglesias, así es como son. Algunos mujiks sentían lástima, pero otros dicen que habría que matarlo. Aquí hay algunos mujiks que son muy malos...

La madre escuchaba con atención aquel relato entrecortado y rápido, tratando de ahogar su inquietud, de disipar la angustia de la espera. La chiquilla debía estar encantada de que le concedieran tanta atención y charlaba atropelladamente, con vivacidad cada vez mayor, bajando la voz:

— Mi padre dice que todo proviene de la mala cosecha, todo. Es el segundo año que la tierra no da fruto, ¡estamos más desesperados...! Por eso se ven ahora mujiks como éstos, ¡qué desgracia! En las reuniones gritan, se pegan... Hace poco, cuando vendieron los bienes de Vasiukov, porque no había pagado los impuestos, él dio una bofetada al alcalde. ¡Ahí tienes mis atrasos!, le dijo.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Pesados pasos resonaron detrás de la puerta. La madre tuvo que apoyarse en la mesa para levantarse.

El campesino de ojos azules entró y preguntó, sin quitarse la gorra:

—¿Dónde está tu equipaje?

Levantó sin esfuerzo la maleta y la sopesó:

—¡Está vacía! Marka, acompaña a la viajera a mi isba...

Y salió sin mirar a nadie.

—¿Va a pasar la noche en la aldea? —preguntó la chiquilla.

—Sí, busco encajes y los compro.

— Aquí no se hacen. Eso en Tinkovo y también en Dárino, pero aquí no.

— Allí iré mañana.

Pagó el té, y dio tres kopeks a la niña, que se quedó encantada. Ya en la calle, le propuso, arrastrando sus pies descalzos sobre la tierra húmeda:

— Si usted quiere, yo voy corriendo a Dárino y le digo a las mujeres que traigan aquí los encajes. Así ellas vendrán y usted no necesitará ir. Al fin y al cabo, son doce verstas de camino.

—No hace falta, querida —respondió Pelagueia, caminando a su lado.

El aire frío la había despejado, y en ella iba surgiendo, lentamente, una decisión imprecisa, confusa, pero prometedora de algo, que se iba formando despacio; la madre, deseosa de acelerar su desarrollo, se preguntaba insistentemente:

«¿Cómo debo hacer? Actuar sinceramente, confiando en su conciencia...»

Ya había anochecido, hacía frío y humedad. Las ventanas de las isbas brillaban con una luz mortecina, rojiza, inmóvil. En el silencio mugía soñoliento el ganado, se oían voces secas y breves. Una sombría calma, meditativa y deprimente, envolvía el lugar.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Por aquí —dijo la niña—. Ha escogido un alojamiento muy malo. Ese mujik es muy pobre.

Buscó a tientas la puerta, la abrió y gritó vivamente:

—¡Madre Tatiana!

Luego se marchó. Desde las tinieblas llegó su voz ligera:

—¡Adiós...!

CAPÍTULO 17

La madre se detuvo en el umbral y, protegiéndose los ojos con la mano, echó una ojeada al interior de la isba. Era pequeña, reducida, pero de una limpieza que saltaba a la vista al instante. Por detrás del horno asomó una mujer joven, saludó en silencio, con una inclinación de cabeza, y desapareció. En el rincón de la habitación, frente a la puerta, había una lámpara encendida sobre una mesa.

El dueño de la casa estaba sentado detrás de aquella mesa, tamborileando con los dedos en el borde, y miraba fijamente a la madre.

—Entra —dijo al cabo de un instante—. ¡Tatiana, vete a llamar a Piotr, aprisa!

Salió la mujer, rápida, sin mirar a la recién llegada. Sentada frente al dueño, en un banco, la madre paseaba la mirada en derredor. Su maleta no estaba a la vista. Un silencio agobiante llenaba la isba; solamente la lámpara de petróleo dejaba oír el leve chisporroteo de la llama. El rostro del mujik, preocupado y sombrío, oscilaba impreciso ante los ojos de la madre, provocando en ella una pena amarga.

—¿Dónde está mi maleta? — preguntó de repente en voz alta, de un modo inesperado para ella misma.

El mujik se encogió de hombros y respondió pensativamente:

—No se ha perdido.

Continuó en voz más baja, con aire sombrío:

—Hace un momento, delante de la chiquilla, dije a propósito que estaba vacía: pues no lo está, no... Incluso pesa demasiado.

—¿Demasiado? Bueno...

El se levantó, se acercó a ella, e inclinándose, le dijo a media voz:

—¿Conocías a aquel hombre?

La madre se sobresaltó, pero contestó firmemente:

—Sí.

Le pareció que aquella palabra tan breve hacía nacer dentro de ella una luz que iluminaba todo a su alrededor. Lanzó un suspiro de alivio, se inclinó hacia delante y se afirmó en su asiento.

El mujik sonrió con ancha sonrisa.

—Me he dado cuenta del signo que le hiciste, y él también. Le pregunté al oído: «¿conoces quizá a ésa que está enfrente, en la terraza?»

—¿Y qué dijo él? —preguntó vivamente la madre.

—¿El? Dijo: «Somos muchos. ¡Sí, somos muchos!», eso es lo que dijo.

Le dirigió una mirada interrogante y continuó, sonriendo, otra vez:

—Ese hombre tiene una gran fuerza... ¡Valiente...! Dice sin rodeos: ¡yo he sido! Le pegan, y él no da su brazo a torcer...

Su voz, insegura y sin fuerza, su robusta fisonomía, sus ojos claros, tranquilizaban cada vez más a la madre. La inquietud y el abatimiento dejaban sitio en ella, poco a poco, a una piedad, aguda y lancinante, hacia Ribin. Con una cólera repentina y amarga que no pudo contener, exclamó acerbamente:

—¡Bandidos! ¡Monstruos!

Y rompió a llorar.

El mujik se apartó de ella, moviendo sombrío la cabeza.

—Las autoridades tienen muchos pequeños amigos... sí...

Y de pronto, volviendo junto a la madre, le dijo en voz baja:

—Bueno, la cosa es que sospecho que en tu maleta hay periódicos, ¿no es verdad?

—Sí —respondió simplemente Pelagueia, secándose las lágrimas—. A él se los traía.

El hombre frunció las cejas, acarició su barba y permaneció en silencio, la mirada perdida.

— Los recibíamos; los libros también nos llegaban. Conocemos a ese hombre... Lo veíamos de cuando en cuando.

Se detuvo, reflexionando; luego preguntó:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer con la maleta?

La madre lo miró y le dijo enérgicamente, como desafiándolo:

—Dejásela a ustedes.

El no se sorprendió, no protestó y se limitó a repetir:

—A nosotros...

Inclinó afirmativamente la cabeza, abrió el puño en que sujetaba la barba, la peinó con los dedos y se sentó.

Con una tenacidad e insistencia inexorables, la memoria reproducía ante los ojos de la madre la escena del martirio de Ribin; su imagen le apagaba en el cerebro todos los pensamientos; el dolor y el agravio por lo ocurrido a aquel hombre ofuscaba todas sus sensaciones; no podía ya pensar en la maleta ni en nada más. De sus ojos brotaban incontenibles las lágrimas, su rostro tenía una expresión sombría y su voz no temblaba cuando le dijo al dueño de la isba:

—¡Roban, aplastan, pisotean al hombre en el fango, los malditos!

—Son fuertes —replicó dulcemente el campesino—. Son muy fuertes.

—¿Y de dónde les viene esa fuerza? —exclamó con despecho la madre—. De nosotros, del pueblo; ¡todo lo toman de nosotros!

Aquel mujik de rostro claro, pero impenetrable, la irritaba.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Sí —dijo él, arrastrando la voz—. Oigo una rueda...

Tendió atentamente el oído, inclinando la cabeza en dirección a la puerta. Luego, dijo muy quedo:

—Llegan.

—¿Quiénes?

—Espero que los nuestros.

Entró su mujer, seguida de un mujik. Éste tiró a un rincón el gorro, se acercó deprisa al dueño de la casa y le preguntó:

—¿Y qué?

El otro hizo un signo de cabeza, afirmando:

— Stepán —dijo la mujer, en pie junto a la estufa—, quizá la viajera querrá comer.

—No, gracias, es usted muy amable... —respondió la madre.

El recién llegado se acercó a la madre y con voz presurosa y quebrada empezó a hablar:

— Bueno, permítame que me presente. Me llamo Piotr Egórovich Riabinin, de apodo el Shilo. Entiendo algo de sus asuntos. Sé leer y escribir, y aunque me esté mal el decirlo, no soy tonto.

Tomó la mano que la madre le tendía, y estrechándosela con recia sacudida, se dirigió al dueño de la casa:

— Aquí tienes, Stepán, ¡fíjate! Yarvara Nikoláievna es una buena señora, ¡es verdad! Pero en lo tocante a estas cosas, dice que son tonterías, ¡delirios! Según ella, mozuelos y estudiantes atolondrados son los que se entretienen en amotinar al pueblo. Y sin embargo, tú y yo hemos visto a un hombre de respeto, a un mujik como es menester, que le han detenido, y ahora aquí tienes a una mujer, ya de edad,

y que, a lo que se ve, no tiene sangre de señores. No se ofenda por la pregunta. ¿Qué eran sus padres?

Hablaba de prisa, con claridad, sin tomar aliento, temblándole nerviosamente la barbita; sus ojos entornados escrutaban el rostro y la figura de la madre. Con la ropa hecha jirones y desgredado, parecía que acababa de salir de una pelea, en que hubiese vencido al adversario, y estar aún lleno de la gozosa excitación de la victoria. Le agradó a la madre por su vivacidad y porque, desde el principio, había hablado sencillamente, sin rodeos. Mirándolo a la cara con expresión cariñosa, contestó ella a su pregunta. Él le volvió a sacudir fuertemente la mano y se echó a reír bajito, con una risita seca y entrecortada.

— Trigo limpio, Stepán, ¿lo estás viendo? ¡Buen asunto! Ya te decía yo que es el pueblo mismo el que empieza a trabajar. La señora no dirá la verdad, porque la perjudica. Yo la respeto, ¿a qué decir otra cosa? Es una persona buena y quiere para nosotros el bien, pero poquito y sin que a ella le cause perjuicio. El pueblo quiere ir por lo derecho y no teme pérdidas ni daños, ¿no lo has visto? Para él la vida es mala, por todas partes tiene daños, a cualquier lado que se vuelva no encontrará más que el grito de: ¡alto!

—Ya veo —dijo Stepán, moviendo la cabeza; y añadió inmediatamente: — Está intranquila por su maleta.

Piotr guiñó el ojo a la madre con astucia y la tranquilizó con un ademán.

—¡No se preocupe! ¡Todo se hará como es debido, madre! Su maleta está en mi casa. Antes, cuando él me habló de usted y me dijo que usted también estaba metida en el asunto y que conocía a ese hombre, yo le contesté: mira, Stepán, no hay que dormirse, ¡la cosa es muy seria! Y usted, madre, por lo que se ve, también se olió en seguida, cuando estábamos a su lado, quiénes eramos nosotros. A las personas honradas se las conoce a la legua; andan pocas por las calles, ¡hay que decirlo francamente! Su maleta la tengo en mi casa...

Se sentó al lado de ella y prosiguió, con un ruego en los ojos:

—Si quiere vaciarla, la ayudaremos con gusto. Nos hacen falta libros...

—Quiere dejárnoslo todo —dijo Stepán.

—¡Perfectamente! Ya sabremos dónde colocarlo.

Saltó sobre sus pies y se echó a reír. Luego, yendo y viniendo a grandes zancadas, dijo satisfecho:

— Puede decirse que el caso es asombroso. Aunque, de lo más simple. Se rompe la cuerda por un lado y se compone por otro... ¡No está mal...! El periódico, madre, es bueno y hace su efecto: abre los ojos a la gente. Para los señores no es muy agradable. Yo trabajo aquí, a unas siete verstas, de carpintero, en casa de una señora propietaria. Ella es buena mujer, hay que reconocerlo; nos da libros, alguna vez que otra lee uno, y se aclaran las cabezas. En general, le estamos agradecidos. Pero cuando yo le enseñé un número del periódico, hasta se ofendió un poco. ¡Déjese de esas cosas, Piotr! -me dijo-. Eso lo hacen muchachuelos sin seso, y no puede traerles más que calamidades ... la cárcel... Siberia.

Calló súbitamente y reflexionó:

—Dígame, ese hombre, ¿es pariente suyo?

—No —respondió la madre—, no somos parientes.

Piotr se echó a reír sin ruido, como muy satisfecho de algo, y movió la cabeza, pero inmediatamente a la madre le pareció que la palabra extraño no era apropiada para Ribin y que la ofendía a ella misma.

—No es de mi familia —dijo—, pero lo conozco hace mucho tiempo y lo respeto como si fuese mi hermano mayor.

Le molestó no encontrar las palabras necesarias, y una vez más no pudo retener un sollozo. Un silencio sombrío, expectante, llenaba la isba. Piotr tenía la cabeza ladeada sobre el hombro, como aguzando el oído. Stepán, acodado sobre la mesa, pensativo, continuaba tamborileando con los dedos. Su mujer estaba en la penumbra, apoyada en el horno; la madre sentía su mirada constantemente posada sobre ella, y de cuando en cuando miraba su rostro atezado, con la nariz recta y la aguda barbilla. Sus ojos verdosos tenían un resplandor de atenta vigilancia.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Es un amigo, pues —replicó Piotr en voz baja—. Tiene carácter, de veras... Y una alta opinión de sí mismo, como debe ser. Eso es un hombre, ¿verdad, Tatiana? ¿Tú qué dices?

—¿Está casado? — preguntó Tatiana, interrumpiéndole, y los finos labios de su boca, no grande, se apretaron con fuerza.

—Viudo —respondió tristemente la madre.

—Por eso es tan atrevido —dijo Tatiana con voz profunda—. Un hombre casado no haría eso, tendría miedo.

—¿Y yo? Yo estoy casado, y sin embargo... —exclamó Piotr.

—¡Vaya, compadre! —dijo ella sin mirarlo, haciendo una mueca—. ¿Qué haces tú? Nada más que hablar, y algunas veces, leer un librito. No sirve de mucho a nadie el que andes murmurando con Stepán por los rincones.

—A mí, ¡hay muchos que me escuchan! —repuso ofendido el mujik en voz baja—. Yo, aquí, soy una especie de levadura; en vano hablas tú así...

Stepán miró en silencio a su mujer y volvió a bajar la cabeza.

—¿Por qué se casarán los mujiks? —preguntó Tatiana—. Necesitan una trabajadora, dicen. ¿Para trabajar en qué?

—¿No tienes bastante quehacer? —dijo sordamente Stepán.

—¿Y de qué sirve este trabajo? De todas maneras, nunca se come cuanto se quiere. Los hijos vienen al mundo, no hay tiempo de ocuparse de ellos, porque hay que seguir con un trabajo que no da ni para pan.

Se acercó a la madre, sentándose a su lado, y continuó obstinadamente, sin queja ni tristeza:

—Yo tuve dos. Uno, a los dos años, murió abrasado con agua hirviendo; el otro nació muerto, por culpa del maldito trabajo. ¿Es eso una alegría para mí? Yo digo que los campesinos pierden el tiempo casándose, se atan las manos y nada más.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Si fuesen libres tratarían de obtener lo que necesitamos, caminarían abiertamente hacia la verdad, como ese hombre. ¿No es cierto?

—Lo es —dijo Pelagueia—. Sí, querida; de otro modo, en la vida no se puede vencer...

—¿Tiene usted marido?

—Murió. Tengo un hijo.

—¿Dónde está? ¿Vive con usted?

—Está en prisión.

Y sintió que aquellas palabras, juntamente con la pena que le causaban siempre, le llenaban el pecho de un orgullo sereno.

—Es la segunda vez que lo encierran, porque ha comprendido la verdad de Dios y la ha sembrado abiertamente... Es joven, guapo e inteligente. El periódico se le ocurrió a él, y él puso a Ribin en el camino de la verdad, a pesar de que Ribin le doblaba la edad. Ahora van a juzgar a mi hijo por eso, y lo condenarán..., pero se escapará de Siberia y volverá a ponerse a trabajar.

Hablaba, y el sentimiento de orgullo que la poseía iba en aumento, oprimiéndole la garganta, exigiendo de ella palabras adecuadas para crear la imagen de un héroe. Experimentaba la imperiosa necesidad de pintar un cuadro de razón y de luz frente a la sombría escena de que había sido testigo aquel día, y que la abrumaba por su horror insensato, por su descarada crueldad. Obedeciendo inconscientemente a aquella exigencia de su sana naturaleza, reunía todo lo que de sincero y claro había conocido en una sola llama que la cegaba con su pura luz.

— Ya han nacido muchos hombres así y nacerán aún más, y todos ellos lucharán hasta la muerte por conseguir la libertad y la justicia para la gente...

Se había olvidado de toda prudencia y, aunque no mencionaba nombres, contaba todo lo que sabía acerca del trabajo clandestino para liberar al pueblo de las cadenas de la codicia. Al dibujar las imágenes queridas a su corazón, iba poniendo en sus palabras toda la fuerza, todo el amor desbordante que tan tarde había despertado en su pecho, bajo los inquietantes golpes de la vida, y ella misma

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

admiraba, con una alegría ardiente, a las personas que se iban alzando en su memoria, iluminadas y embellecidas por su sentimiento.

—Es una obra común a toda la tierra, a todas las ciudades; las gentes de bien constituyen una fuerza que no se ha medido ni contado, que crece constantemente y que crecerá hasta el día de nuestra victoria...

Su voz fluía igual, encontraba ya las palabras fácilmente y, como perlas multicolores, las ensartaba con rapidez en el hilo sólido del deseo de purificar su corazón del lodo y la sangre de la jornada. Veía que los mujiks parecían haber echado raíces donde su palabra los había encontrado; sin hacer el más leve movimiento, la observaban graves; oía la respiración jadeante de la mujer, sentada a su lado, y todo aquello reforzaba su creencia en lo que decía y prometía.

— Todos los que viven mal, los agobiados por la miseria y la injusticia, los sometidos por los ricos y sus servidores, todos, todo el pueblo debe ir en ayuda de quienes perecen por ellos en la cárcel y aceptan tormentos y la muerte. Desinteresadamente, ellos explicarán dónde está el camino de la felicidad para todos; sin engaño, dirán que recorrerlo es duro; ellos no arrastran a nadie a la fuerza, pero cuando entras en sus filas, ¡no las dejas ya nunca, porque ves que todo es verdad, que ese es el camino y no otro!

Era dulce para la madre ver realizado, por fin, su deseo. Ahora era ella quien hablaba de la verdad a las gentes.

— Con personas así, puede ir el pueblo; ellos no se contentarán con poco ni se detendrán hasta que no aniquilen todo el engaño, toda la maldad y la codicia; no se cruzarán de brazos hasta que todo el pueblo no se haya fundido en una sola alma y diga, con una sola voz: ¡Yo soy el amo, yo mismo haré las leyes, iguales para todos!

Cansada, guardó silencio y miró a su alrededor. Había en su pecho un sentimiento tranquilo de que sus palabras no habían caído en el vacío.

Los mujiks la miraban, esperando algo más. Piotr tenía cruzados los brazos sobre el pecho, entornados los ojos, y en sus pecosas mejillas temblaba una sonrisa. Stepán, apoyado con un codo en la mesa, inclinaba todo el cuerpo hacia adelante, alargado el cuello, como si estuviera aún escuchando. Su rostro, que permanecía en

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

sombra, adquiriría facciones más perfectas. Su mujer, sentada junto a la madre, estaba encorvada, con los brazos sobre las rodillas, mirándose a los pies.

—Sí, así es exactamente — murmuró Piotr, y moviendo la cabeza, se sentó con cuidado en el banco.

Stepán se enderezó lentamente, miró a su mujer y extendió los brazos en el aire, como si quisiera abrazar algo...

—Si hay que ponerse a tal obra —comenzó en voz baja y pensativa—, habrá que entregarse de todo corazón....!

Piotr intervino tímidamente:

—Sí..., sin mirar atrás.

—¡Los planes son grandes! —continuó Stepán

—¡Para toda la tierra! —completó Piotr.

CAPÍTULO 18

Apoyada en la pared, la cabeza echada hacia atrás, la madre escuchaba sus reflexiones. Tatiana se levantó, miró en torno y volvió a sentarse. Sus ojos verdes brillaban con un seco destello, y lanzaba ojeadas de descontento y desprecio a los dos hombres.

—Se ve que ha tenido usted muchas penas —dijo de pronto a la madre.

—¡Que si las he tenido!

—Usted habla bien, y sus palabras convencen. Uno se dice: ¡Señor, si pudiéramos ver, aunque sólo fuese por una rendija, gente así y vida así! ¿Cómo vivimos? Como animales. Mire, yo sé leer y escribir, he leído libros, pienso mucho, y de noche, a veces, tengo ideas que no me dejan dormir. ¿Y de qué sirve? Si no pensase... Me hago mala sangre para nada, y si pienso tampoco sirve de nada.

Su mirada era irónica, y algunos momentos se detenía, cortando súbitamente el hilo de sus frases como una hebra entre los dientes. Los campesinos callaban. El viento acariciaba los vidrios de la ventana, bramaba en la bardana del techo, mugía sordamente en la chimenea. Un perro aullaba. De cuando en cuando unas gotas de lluvia golpeaban de través los cristales. La llama de la lámpara tembló, palideció, pero inmediatamente volvió a brillar viva e igual.

—He oído lo que usted decía, que los hombres deben vivir para algo. Y me hizo gracia ver que yo ya sabía todo eso. Pero antes de usted, no lo había escuchado nunca, y jamás tuve semejantes pensamientos.

—Hay que cenar, Tatiana, y luego apagar la lámpara —dijo Stepán con voz monótona y lenta—. La gente pensará: los Chumakov tuvieron encendida la luz hasta las tantas. Por nosotros no importa, pero para nuestra huésped quizá no sea bueno...

Tatiana se levantó y comenzó a trajinar en el horno.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Sí —dijo Piotr en voz baja y sonriendo—. Ahora, compadre, hay que estar en guardia. Cuando el periódico vuelva a aparecer...

—No hablo por mí. Incluso, si me detienen, no será una gran desgracia.

Su mujer se acercó.

—Despeja la mesa.

El se levantó, se hizo a un lado, y mirándola poner los cubiertos, dijo con una sonrisa:

— Nuestro precio es de cinco kopeks el manojó, y eso cuando en el manojó hay cien...

La madre, de pronto, sintió compasión de él; ahora le agradaba cada vez más. Después de haber hablado, se sentía aliviada del repugnante peso del día, estaba contenta de sí misma y deseaba a todos felicidad, venturas...

—No es justo lo que dices, patrón —exclamó—. Un hombre no está obligado a aceptar el precio que le ponen los que no buscan en él sino su sangre. Debes saber lo que vales, no para tus enemigos, sino para tus amigos.

—¿Qué amigos? —dijo el campesino—. Los amigos duran hasta que hay un hueso que disputarse.

—Pero, sin embargo, el pueblo tiene amigos.

—Los tiene, pero no aquí —contestó pensativo Stepán.

—Bien, pues hay que hacérselos aquí.

Stepán reflexionó un instante y respondió en voz queda:

—Sí..., es lo que hace falta.

— Siéntense a la mesa —invitó Tatiana.

Durante la cena, Piotr, que estaba abrumado por los discursos de la madre y como perplejo, se volvió a animar y dijo con rapidez:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

— Mire, madre, es preciso que se marche temprano, para que no la vean. y vaya usted a la estación próxima, y no a la ciudad; márchese en un coche de posta...

—¿Por qué? Yo la llevaré — repuso Stepán.

—Ni pensarlo. Si ocurre algo te preguntarán: «¿ha dormido en tu casa?» «Sí» «¿Dónde ha ido?» «La he acompañado yo.» «Ah, ¿con que la has acompañado?» «¡A la cárcel!» ¿Te das cuenta? ¿Tienes mucha prisa de ir a la cárcel? ¿Para qué? Hay tiempo, el día llegará y el Zar morirá, como dice el refrán. Pero si dices simplemente: «Ha dormido aquí, ha alquilado un coche y se ha ido», no te harán nada. Hay mucha gente que pasa la noche en casa de uno o de otro. Nuestra aldea es muy frecuentada.

—¿Dónde aprendiste a tener miedo, Piotr? —preguntó Tatiana con ironía.

—Hay que saber de todo, comadre —contestó él, golpeándose la rodilla—. Saber tener miedo y saber tener valor. ¿Te acuerdas de cómo maltrató el jefe del distrito a Vagánov, a causa de ese periódico? Ahora Vagánov no toma un libro en la mano ni por todo el dinero del mundo. Créeme, soy muy listo, inventando jugarretas, todos lo saben. Los libritos y las hojas los repartiré debidamente y en buena forma. La gente de aquí, por supuesto, es perezosa y no tiene instrucción, pero de todos modos, las cosas que pasan ahora les dan en las costillas, y ningún hombre puede negarse a restregarse los ojos y preguntarse qué quiere decir todo esto. Entonces, el librito les contesta sencillamente: toma, mira lo que esto quiere decir, piensa y comprende. Hay veces en que el analfabeto comprende mejor que el hombre culto, sobre todo si el instruido es de los que tienen llena la panza. ¡Conozco el país, y veo muchas cosas!, así que, lo repito, se puede ir tirando, pero hace falta cerebro y habilidad para que no lo pesquen a uno a la primera de cambio. Las autoridades huelen las novedades. Los aldeanos están reacios, sonríen poco y sin dulzura, y quieren prescindir de las autoridades. Hace poco, a Smoliakovo una aldea de por aquí cerca- llegaron en busca de los impuestos, y los mujiks se alzaron de cascos y echaron manos a las estacas. El comisario de policía les dijo así, sin más rodeos: ¡Eh, hijos de perra! ¡Esto que hacéis es contra el Zar! Había allí un mujik, un tal Spivakin, que le contestó: ¡Tú y tu Zar sois unos hijos de mala madre! ¿Qué Zar es ése que nos arranca del cuerpo hasta la última camisa? ¡A eso han llegado las cosas, madrecita...! Claro que a Spivakin lo metieron en la cárcel, pero sus palabras quedaron, y hasta los chicos pequeños las conocen; esas palabras gritan, viven...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

No comía y hablaba, hablaba en un rápido susurro. Sus astutos ojos negros brillaban vivaces, y exponía exuberantemente ante la madre sus innumerables observaciones sobre la vida del campo, como si estuviese vaciando una bolsa de monedas de cobre.

Dos veces, Stepán le dijo: —Pero come...

Piotr tomaba un pedazo de pan y la cuchara, y volvía otra vez a sus relatos, como un jilguerillo a sus trinos. Al fin, después de cenar, se levantó de un salto y exclamó:

—Bueno, es hora de marcharme.

De pie ante la madre, sacudió la mano de ésta.

—¡Adiós, madrecita! ¡Puede que no nos volvamos a ver más! Tengo que decirle que todo eso... ¡está muy bien! El haberla conocido y lo que ha dicho... ¡está muy bien! En la maleta, ¿hay algo además de los libros? ¿Un mantón de lana? Bueno, un mantón de lana, ¡acuérdate, Stepán! Ahora, le traerá la maletita. ¡Vamos, Stepán! ¡Adiós, que le vaya bien...!

Cuando salieron, se oyó el arañar de las cucarachas, el juego del viento sobre el tejado y su ronquido en la chimenea. El monótono batir de la fina lluvia en la ventana. Tatiana preparó un catre para Pelagueia con unos abrigos que echó sobre el banco.

—¡Es un muchacho despierto! —observó la madre.

—Una campanilla, que suena y no se oye de lejos.

—¿Y su marido?

—Es buen hombre, no bebe, nos llevamos bien... Sólo que es débil de carácter.

Se irguió, y después de un breve silencio, dijo:

—¿Qué hay que hacer ahora? ¡Sublevar al pueblo! ¡Desde luego! Todo el mundo lo piensa..., solamente que cada uno lo piensa en su rincón. Y hay que decirlo bien alto, y que alguien se decida a ser el primero.

Se sentó en el banco y preguntó de golpe:

—¿Usted dice que hay hasta señoritas que se ocupan de eso, que van a leer para los obreros..., y no les repugna, no tienen miedo?

Y tras haber escuchado atentamente la respuesta de la madre, lanzó un profundo suspiro y continuó, bajando la cabeza:

—Una vez, en un libro, leí estas palabras: «la vida no tiene sentido». ¡Esto sí que lo comprendí pronto! Conozco la vida. Se piensan cosas, pero sin unir las unas a otras, van como ovejas sin pastor, sin nadie que las reúna... Entonces, esta vida no tiene sentido. Si pudiera dejarla sin mirar atrás..., es muy triste, cuando llega a comprenderse algo.

La madre veía aquel dolor en el brillo seco de sus ojos verdes, en su rostro demacrado, lo oía resonar en su voz. Sintió el deseo de consolarla, de prodigarle caricias.

—Pero usted, querida mía, comprende lo que hay que hacer...

Tatiana la interrumpió con dulzura:

—Hay que saber hacerlo. Ya tiene lista la cama, ¡acuéstese!

Fue hacia la estufa y se mantuvo allí, silenciosa, derecha, el aire severo y concentrado. La madre se acostó sin desnudarse; sentía en los huesos una dolorosa fatiga, y gimió suavemente. Tatiana sopló la lámpara y cuando la densa oscuridad cubrió la cabaña, su voz baja y monótona se oyó de nuevo, como si quisiera borrar alguna cosa en el liso manto de las aplastantes tinieblas:

— Usted no reza. Yo también pienso que Dios no existe. Y los milagros tampoco.

La madre se revolvió inquieta en la yacija. Por la ventana parecía mirarla la insondable oscuridad, y en el silencio trepaba insistente un roce, un arañar apenas perceptible. Temerosamente, casi en un murmullo, dijo:

—En cuanto a Dios, no lo sé, pero en Cristo sí creo..., y en sus palabras: «Ama a tu prójimo como a ti mismo...» ¡Sí, creo!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Tatiana callaba. La madre veía en la sombra el vago contorno de su alta figura gris perfilada sobre el fondo negro del horno. Estaba inmóvil. La madre cerró los ojos, angustiada.

De pronto, resonó una voz fría:

—No puedo perdonar la muerte de mis hijos, ni a Dios ni a los hombres, ¡nunca!

Nílovna se incorporó intranquila, comprendiendo con el corazón la fuerza del dolor que habían provocado aquellas palabras.

—Es joven, puede aún tener hijos —le dijo afectuosamente.

—¡No!, estoy agotada, y el médico dice que no concebiré nunca más...

Un ratón corrió sobre el suelo. Un crujido seco y sonoro rompió la inmovilidad del silencio, como un relámpago invisible. De nuevo se oyeron distintamente los roces y rebote de la lluvia sobre la bardana del techo, que parecía desflorada por dedos menudos y tímidos. Sobre el suelo caían melancólicamente las gotas de agua, ritmando el lento curso de la noche de otoño.

En medio de un pesado sopor, la madre oyó sordos pasos en la calle, en la entrada. La puerta se abrió con precaución y una voz ahogada llamó:

—Tatiana, ¿estás acostada?

—No.

—¿Ella está durmiendo?

—Seguramente.

Una llama brotó, vaciló y se ahogó en la oscuridad. El campesino se acercó al lecho de la madre y subió más la pelliza de carnero que abrigaban sus piernas. Esta atención emocionó a Pelagueia, que sonrió con los ojos cerrados. Stepán se desnudó en silencio y trepó a su litera. Todos los ruidos cesaron. Prestando oído atento a las oscilaciones perezosas del somnoliento silencio, la madre permanecía inmóvil; ante ella, en las tinieblas, se dibujaba el rostro ensangrentado de Ribin.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

De la litera le llegó un murmullo.

—Ya ves, mira qué gente se ocupa de esto... Ya mayores, que han tenido mil desgracias, que han trabajado y ahora tendrían que descansar, y míralos... Y tú, Stepán, que eres joven, que tienes tan buen sentido...

La voz pastosa y velada del mujik contestó:

—Uno no debe meterse en un asunto así, sin haberlo pensado.

—Ya he oído eso más veces.

Los sonidos murieron y luego se dejaron oír de nuevo. Stepán murmuró:

— Verás lo que hay que hacer: lo primero, hablar con dos mujiks aparte; por ejemplo, con Aliosha Mákov, que sabe leer, es despierto y está ofendido con las autoridades; además, con Serguéi Shorin, también hombre juicioso; con Kniásev, persona honrada y valiente. Para empezar, basta. Hay que conocer a esa gente de que ella nos ha hablado. Yo tomaré el hacha y me marcharé a la ciudad, como si fuera a cortar leña para ganar algo. Aquí hay que andar con cautela. Ella tiene razón: el hombre vale lo que valen sus obras. Ahí tienes a ese mujik, Ribin, ¿eh? Ante el mismo Dios se mantiene tieso, no cede... ¡tiene las raíces en la tierra! Y Nikita, ¿eh? Tuvo conciencia, ¡quién lo iba a pensar!

— Delante de ustedes maltrataban a un hombre, y ustedes, ¡con la boca abierta!

—¡Espera un poco! Di más bien: a Dios gracias no le pegamos nosotros sino aquel hombre, vale más así...

Continuó cuchicheando largo rato; tan pronto bajaba la voz, de modo que la madre apenas entendía sus palabras, como, de repente, empezaba a hablar con voz pastosa y recia. Entonces la mujer le decía:

—¡Más bajo! Vas a despertarla.

La madre se durmió con un sueño pesado, que cayó sobre ella como una nube asfixiante, que la envolvía y arrastraba.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Tatiana la despertó cuando las sombras grises del amanecer miraban aún, ciegas, por las ventanas de la isba, y sobre el pueblo, en un silencio frío, flotaba y se desleía el bronceo tañido de la campana de la iglesia.

— Le he preparado el samovar para que tome té, porque si no, va a tener frío al salir al campo, recién levantada.

Stepán, atusándose la enmarañada barba, preguntaba con interés a la madre cómo podría encontrarla en la ciudad, y a ella le parecía que el rostro del mujik era aquel día de facciones más acabadas.

Mientras tomaban el té, él observó sonriendo:

—¡Qué extraño, cómo ha ocurrido todo esto! ¿Verdad?

—¿El qué? —preguntó Tatiana.

—Bueno, el conocernos... tan sencillamente.

— En nuestra causa todo es de una sencillez asombrosa—dijo la madre en tono pensativo, pero convencido.

Los dueños de la casa se despidieron de ella con sobriedad, pocos en palabras, pródigos en pequeñas y solícitas atenciones, procurándole comodidades para el viaje.

Mientras iba en el carricoche, pensaba la madre que el mujik aquel empezaría a trabajar con cautela, como un topo, sin ruido ni descanso, y que siempre resonaría a su lado la voz descontenta de su mujer, brillarían sus ojos verdes con ardiente fulgor, sin extinguirse en ella, mientras viviese, su dolor de madre -vengativo, de loba- por sus hijos muertos.

Recordó a Ribin: su sangre, su rostro, los ojos ardientes, sus palabras; y el amargo sentimiento de su impotencia frente a las fieras, le oprimió el corazón. Durante todo el camino se alzó ante sus ojos, sobre el fondo marchito del día gris, la silueta robusta de Ribin, con su barba negra, la camisa desgarrada, las manos atadas a la espalda, los cabellos revueltos, el rostro iluminado por la cólera y la fe en su verdad. Pensaba en las innumerables aldeas medrosamente clavadas en la tierra, en las gentes que esperaban en secreto la llegada de la justicia y en los millares de

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

personas que trabajaban silenciosamente, sin saber por qué, toda la vida, sin esperar nada.

Se imaginaba la vida como un campo sin labrar, lleno de colinas, que esperaba mudo, con ansia, la llegada de los trabajadores y que, en silencio, prometía a las manos libres y honradas:

¡Fecúndenme con las semillas de la razón y de la verdad, y yo se las devolveré con creces! Al recordar su éxito, sintió en lo profundo del alma una suave palpitación de alegría, y la ahogó, llena de pudor.